

Lucinda y la caja viajera

Yasmin Sosa

Ilustración: Walter Wirtz





www.loqueleo.com

Título original: Lucinda y la caja viajera

© 2016, Yasmin Sosa

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. A.

26 avenida 2-20, zona 14, ciudad de Guatemala. Guatemala, C. A.

Teléfono: (502) 24294300. Fax: (502) 24294343

ISBN: 978-9929-723-22-1

Impreso en:

Primera edición: abril de 2016

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por **Eduardo Villalobos** en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

Lucinda y la caja viajera fue escrito por **Yasmin Sosa** e ilustrado por **Walter Wirtz**. La gestión y coordinación creativa estuvieron a cargo de **Alejandro Sandoval**. Los textos fueron editados por **Julio Calvo Drago**, **Alejandro Sandoval**, **Julio Santizo Coronado** y **Eduardo Villalobos**. La corrección de estilo y de pruebas fue realizada por **Julio Santizo Coronado** y **Amado Monzón**. Diseño de cubierta: **Walter Wirtz**. Coordinación de arte y diagramación: **Sonia Pérez**.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Lucinda y la caja viajera

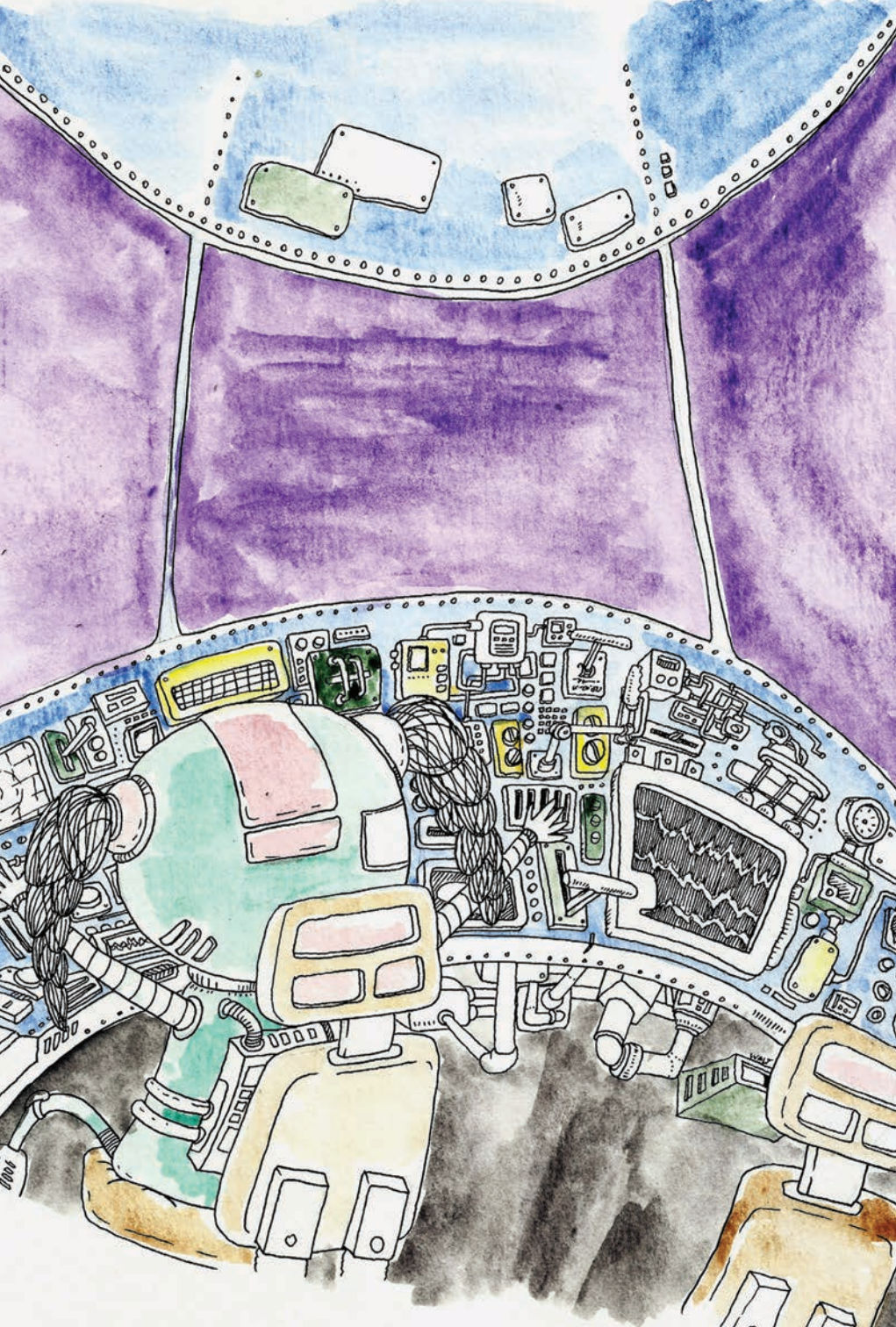
Yasmin Sosa

loqueleg

—¿A qué jugamos? —me preguntó mi hermana.

—¡A los piratas!

Y la caja se convirtió en el barco más temido de los siete mares.



Una misión interrumpida

El transbordador espacial estaba listo en la plataforma. La torre de control acababa de informar que el despegue sería a las 9:30 en punto. Como lo había pronosticado el servicio meteorológico, el clima era perfecto para el lanzamiento: cielo despejado y vientos favorables.

13

Había terminado de ponerme el traje espacial, tarea bastante complicada. Solo me faltaban el casco y el visor extravehicular. Tuve que ponérmelo con cuidado para no estropear mis trenzas. Escuché un rápido ¡zuap!, que me indicaba que el casco ya estaba bien ajustado. Solo había

un problema con el traje: si te daba picazón era imposible rascarse.

14 Mis compañeros de viaje y yo estábamos listos para la misión. Cruzamos el puente que conectaba la plataforma con el vehículo espacial. Sentí un ligero temblor en mis piernas. La verdad, estaba muy nerviosa. ¡Y yo no soy una chica nerviosa! ¡Soy muy valiente! Pero este era mi primer viaje al espacio exterior. De no ser por el sistema refrigerante del traje espacial, que hacía que me sintiera fresca, mi frente se habría llenado de gotitas brillantes de sudor. También estaba emocionada. ¡Íbamos a ser los primeros niños en viajar al espacio! Lo que les contaría a mis compañeros de colegio al regreso. Les presumiría de todas las cosas nuevas que había visto y hasta les podría decir si es cierto o no lo que dicen los libros. En fin, me volvería muy popular.

Minutos después nos ubicábamos en la cabina de la nave.

—¡Preparen el cohete para el despegue!
—le ordené a mi tripulación (se me había olvidado decir que yo era la capitana).

—¡Todo listo! —dijo el segundo al mando.

15

Estábamos prestos a iniciar nuestro viaje de exploración a Marte. En la base de operaciones se dio inicio a la cuenta regresiva.

—Despegue en diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno...

El cohete comenzó a ascender. Sentí cómo la presión me pegaba a mi asiento. Una intensa vibración envolvía al vehículo. El transbordador finalmente abandonó la atmósfera. Luego de unas horas de viajar a una supervelocidad, por fin divisamos el planeta rojo.

Aterrizamos con un fuerte ¡zuummm!
La superficie debajo de mis pies era arenosa. El paisaje era de un intenso color anaranjado. Parecía un desierto. Íbamos a tomar algunas muestras del terreno cuando nos llegó un mensaje de la base central.

16

—¡Chicos, es hora de la merienda!

—¿Hora de la merienda? —preguntó mi compañero—. ¿Qué hacemos?

—Creo que tendremos que abortar la misión. Prepárense para el regreso a la Tierra.

Descendimos en la pista de aterrizaje sin inconvenientes. Mis compañeros de vuelo y yo salimos del transbordador.

Sentí de inmediato que algo me hacía presión. Al bajar la vista vi un hombrecito verde que iba aferrado a mi pierna y me miraba con sus tres enormes ojos saltones.

—¡Vete! ¡Regresa a la nave! —le dije a la vez que me sacudía la pierna tanto como podía para que me soltara.

El extraterrestre regresó al cohete dando brincos.

—¡Y ahí te quedas! —le ordené—. Mamá no te dejará entrar en casa.

17

El aroma de los bocadillos recién horneados se sentía en el jardín. A través del ventanal de la cocina vi a mamá colocarse los guantes para retirar del horno la humeante bandeja donde se disponían, en filas muy parejas, unas deliciosas galletas de chocolate: mis favoritas.

Todas las tardes Juánfer y Ana me acompañan para jugar. Esta vez nos divertimos imaginando que la enorme caja de cartón era nuestra nave espacial. Pero las aventuras se detienen cuando es hora de la merienda. En el jardín, sobre una mesa

de madera, nos esperaba una enorme jarra de limonada y las galletas de chocolate.

—Debemos regresar rápido —opinó Juánfer mientras se comía de un solo bocado una galleta.

18

—Los juegos pueden esperar —dijo mi mamá—. Además, la caja no se va a mover de allí. Tienen toda la tarde para jugar.





Afición por las cajas

Las cajas son mi juguete favorito. Cuando cumplí cuatro años, mis papás y yo nos mudamos a esta casa. Todas nuestras pertenencias venían en cajas, las cuales quedaron vacías luego de que mis papás sacaran los platos, los adornos y las demás cosas. A mí me gustaba jugar a las escondidas. Un día me escondí en una de las cajas. Estaba tan oscuro allí dentro que pensé que me había caído en una cueva. «¿Y si en esta cueva hay un tesoro?», pensé. Entonces imaginé que me adentraba más y más y que llegaba al final de la cueva, donde había una cascada y, debajo de ella,

un enorme tesoro: un gran cofre lleno de piedras preciosas y monedas de oro. ¡Se me olvidó que estaba jugando a las escondidas! Mis papás se asustaron porque no sabían dónde me había metido.

24

Mis papás dirigen un servicio de mudanzas. Les ofrecen a los clientes cajas de todos los tamaños para que empaquen sus cosas y las transporten. Mi papá dice que hay cajas de muchas formas (redondas, cuadradas, rectangulares) y de todos tamaños (pequeñas, medianas, grandes y supergrandes). Las hay con la tapa separada; con una sola tapa y con pequeñas pestañas a los lados, como las que se usan para llevar los pasteles; de dos tapas, que se cierran en el centro; y de cuatro tapas del mismo tamaño, que se colocan una sobre otra al cerrarse. Estas últimas son mis favoritas. Y es que ya las he probado

todas. Según el tamaño de la caja, así es la aventura que invento. Mis amigos dicen que tengo una gran imaginación.

Una vez me dieron una caja muy estrecha. Entonces imaginé que iba en un submarino. Lo llamé el Nautilus y con él exploré las profundidades del mar en busca de criaturas exóticas. Me asusté cuando sentí un golpe en la popa. No supe qué había sucedido hasta que por la escotilla logré ver un grupo de tentáculos enormes que se movían con rapidez. ¡Era un calamar gigante! El monstruo atrapó al submarino con sus largos tentáculos, y yo tuve que encender el motor a toda su potencia para poder escapar.

Me emocioné al ver el tamaño de la caja en la que llegó el nuevo refrigerador días antes de Navidad. Imaginé que subía a un tren camino al Polo Norte para encontrar-

me con Santa Claus. Una vez allí, el hombre de la barba blanca me enseñó todo el taller. Sus cientos de ayudantes, vestidos con colores rojos y verdes, trabajaban al unísono para sacar a tiempo los juguetes. Aproveché para dejarle a Santa mi solicitud de regalos para mi familia, para mis amigos y, por supuesto, para mí.

A quien no le hace mucha gracia mi gusto por las cajas es a Julia, mi hermana mayor. Dice que es una tontería eso de las cajas, que ya estoy muy grande para jugar con ellas. ¡Pero si apenas tengo ocho años! Me dice que mejor debería buscar juegos más beneficiosos como uno de química, el Scrabble o el Monopoly; que vivir de la imaginación no me va a llevar a ningún lado. La verdad, no entiendo lo que quiere decir, pero en la escuela, cuando mi maestra nos pone a dibujar o escribir, siempre

nos dice que usemos nuestra imaginación. Y eso es lo que hago. A mí no me importa lo que diga mi hermana. ¡Es una aburrida!

Es que yo soy así: imaginativa, aventurera, divertida y muy bonita. Bueno, eso dicen mis papás. Claro, tampoco soy una maniática de las cajas. También me gusta hacer otras cosas. Los sábados voy a mi curso de niños exploradores, en el que aprendo cosas útiles, como montar una casa de campaña o los primeros auxilios. Mi comida favorita es el espagueti con albóndigas y me encanta dormir hasta tarde los domingos.

Tengo algunas manías. Por ejemplo, cuando me amarro las cintas de los zapatos, me gusta que el zapato izquierdo quede más apretado que el derecho. No tengo ni la más mínima idea de por qué. Cuando camino con mamá por la calle, me gusta

que me tome bien fuerte de la mano. Así me siento más segura.

Juánfer y Ana son mis mejores amigos y compañeros de aventuras. Viven cerca de mi casa, Ana a dos cuadras y Juánfer a una. Nos conocimos en el grupo de exploradores, donde nos tocó armar juntos una casa de campaña. Desde ese momento nos llevamos muy bien. Los viernes, después de clase, siempre vienen a mi casa a jugar.

—¿A qué vamos a jugar hoy? —preguntó Juánfer uno de esos viernes.

—A que somos los guardianes de un castillo —le respondí.

—¡Qué divertido! —exclamó Ana.

De pronto la caja se transformó en una enorme edificación de piedra. Sus torres de vigilancia se elevaron hasta el cielo.

Custodiábamos los flancos del castillo, cuando de repente un gigantesco dragón

apareció entre el cielo nebuloso. Bolas de fuego salían de sus fauces. Parecían cometas que cruzaban el cielo. Cuando chocaban contra nuestros escudos emitían unos ruidos estruendosos.

Salimos presurosos con nuestras espadas al aire para defendernos del enorme monstruo. Su piel escamosa lo libraba de cualquier daño que intentáramos hacerle.

29

Pero este, al ver que no nos daríamos por vencido, se cansó de pelear y se fue.

Momentos después escuchamos a mamá que nos llamaba para comer.

—¡Qué divertido! —dijo Ana—. Casi sentí como si de verdad hubiera estado allí.

—Eso es lo divertido de las cajas: puedes convertirlas en lo que quieras —le expliqué.



Una hermana muy gruñona

Era sábado por la mañana. Alisté mi mochila para ir a mi clase de niños exploradores y luego bajé a desayunar. En la mesa vi a mis papás y a mi hermana. Estaban sumergidos en una conversación:

—¿Cómo van las clases? —le preguntó mamá a mi hermana.

—Creo que bien.

—¿Y con tu tarea del cuento? —preguntó papá—. Vi que te llevó varios días hacerla.

—No muy bien. La maestra me dijo que le faltó creatividad a mi escrito. Los de mis compañeros eran muy divertidos.

Me dijo que tenía que ser más imaginativa, que pensara fuera de la caja.

—¿Qué quiere decir eso de que piense fuera de la caja? —le pregunté a papá.

—Es una metáfora. Quiere decir que no hay que pensar igual que los demás, sino diferente; que hay que ver las cosas de otro modo.

—Es curioso —dije.

—¿Qué te resulta curioso? —preguntó papá.

—Que yo pienso diferente *dentro* de la caja. Ja, ja, ja.

—¡Es cierto! —rio mamá.

A mi hermana no le hizo mucha gracia mi comentario.

—Busca una forma de desarrollar tu creatividad —le sugirió papá.

—¡Sí! ¿Por qué no vienes un día a jugar conmigo? —le propuse.

—¿Qué? ¿Meterme en una caja? No gracias. No me gustan esas niñerías. Ya veré el modo de hacerlo.

—¡Qué aburrida eres! —le grité.

—¡No lo soy! Tú eres muy infantil —me contestó.

—¡No soy infantil!

—Suficiente —dijo papá—. Vamos, Julia.

Papá llevó a mi hermana a su clase de violín. Yo esperé a que Juánfer y su mamá pasaran por mí.

—Que tengas buen día, cariño —me dijo mamá mientras me daba un beso en la mejilla.

—Te quiero —le contesté yo—. Nos vemos por la tarde.

Algo inesperado

Regresé a casa muy fatigada. Había aprendido a hacer unos cuantos nudos y a encender una fogata. No había nadie en casa. En la puerta del refrigerador hallé un notita: «Estoy en casa de tía Lucy. Te veré más tarde. Con amor, mamá».

35

Así que pasaría la tarde sola. Bueno, no tenía tareas de la escuela y la verdad es que estaba muy cansada para ponerme a jugar. Metí mi uniforme en la lavadora y me puse mis *jeans* cortos.

Decidí tomar una siesta. Era un día muy caluroso y la casa era un horno. Entonces pensé tomar la siesta afuera, en





el jardín. Vi que Copérnico, nuestro gato, dormía plácidamente en la banca del corredor. Quise acompañarlo, pero la banca era muy dura. En eso vi mi caja. Qué mejor lugar. Me acosté en la caja y me dormí.

Cuando desperté, todo estaba muy oscuro y en silencio. ¿Cuánto me dormí? Supuse que todos habrían regresado ya. ¿Y por qué no han venido a buscarme? Seguro estaba en uno de esos sueños en los que, por más que me sacuden, no despierto. «Bueno», me dije. «Deja de haraganear y levántate»

Apenas di un paso y...

—¡Aaaaaahhhhhhhhhh!

Caía y caía por un túnel de tierra.

—¡Aaaaaahhhhhhhhhh!

Caía en espiral, como quien se pierde en una dimensión desconocida. Ya no sentía ni mis brazos ni mis piernas. Estaba

totalmente mareada. De pronto llegué al final y me desmayé.

A lo lejos escuchaba susurros. Los sentía a mi alrededor. Yo ya no estaba girando, pero la cabeza me daba vueltas.

Muchos ojos me miraban. O eso creía. Era como ver dentro de un caleidoscopio.

39

—¿Estás bien? —me preguntó la que parecía la voz de un niño.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó otra voz, esta vez de una niña.

—Soy Lucinda —respondí.

—¿Qué haces ahí en el suelo? —me preguntó el niño.

—Me resbalé y caí.

—¡Ah! Ya les dije que arreglen esa entrada, pero no me hacen caso.

—¿Dónde estoy?

—En Zoorbi.

Mi vista dejó de estar borrosa.

—¡Aaaaaah! ¿Qué... pero... quiénes son ustedes?

Frente a mí había tres topos. O eso parecían. Eran de mi tamaño. ¿O yo era de su tamaño? Llevaban puestos unos superanteojos.

40

—Yo soy Paul, ella es mi hermana Teo y ella es Tía Molly.

—Hola, hijita. Mucho gusto —dijo la señora topo.

Teo se acercó a mí.

—Ella es un poco olvidadiza. Que no te extrañe que te pregunte tu nombre a cada rato.

—¿Por qué usan esos anteojos tan grandes? —le pregunté a Tía Molly.

—Pues para ver mejor, hijita.

Noté que hacía girar una pequeña tuerca a un lado de sus anteojos. Estos se extendieron como un telescopio.

—Te ves pálida, hijita. ¿Te gustaría algo de comer? —me ofreció Tía Molly.

—Creo que sí. Gracias.

Me llevaron por un camino lleno de túneles. Una red de luces colgantes iluminaba el camino.

A pesar de ser gorditos corrían muy rápido. La tierra que se levantaba a su paso se me metía por la nariz y hasta me hizo estornudar.

—¡Achú!

—¿Estás resfriada? —me preguntó Tía Molly.

—¡No, para nada! ¡Achú! ¡Achú! ¡Achú!
Creo que soy alérgica al polvo.

Primero pasamos a visitar al señor Gus, que era restaurador de cachivaches, según me dijeron. Era un tejón muy moderno, con un peinado *punk*. Ya les tenía reparada la vieja olla para los guisos.





—Y tú, ¿de dónde vienes? —me preguntó Paul.

—¿Vienes del mundo de los humanos? —extendió Teo la pregunta.

—¿Qué?

44 —A veces caen por aquí. Ya no es extraño para nosotros —explicó él.

—Y así como vienen se van —dijo Teo.

Para mí esto era un sueño. Ya estaba acostumbrada a tener sueños fuera de serie. Seguro que este era uno de esos. Aunque se sentía muy real.

—Sí, de allí vengo —contesté.

Al parecer, ya íbamos llegando a la tienda de comida.

—Y ustedes, ¿qué son? —les pregunté.

—Somos topoicanos —respondió Paul.

—¿Y a qué se dedican?

—Somos estudiantes. Tía Molly da clases de gimnasia en el parque.

Me dio escalofríos de imaginarla con mallas.

—¿Y solo ustedes viven aquí?

—¡Nop! Convivimos con otros. Ya los verás.

Llegamos con la señora Tutsy, una amable ratona que era dueña de una tienda de delicias.

45



Llevaba un delantal muy coqueto. Tía Molly le pidió lo de siempre, pero con una porción más.

—Esta es para ti —dijo Tía Molly mientras le extendía a Teo una brocheta de albóndigas.

46 «¡Albóndigas! Mi comida favorita», pensé.

—Esta otra es para ti, Paul, y esta es para... ¿Cómo te llamas?

—Lucinda.

—¡Mucho gusto, Lucinda! Yo soy Tía Molly. Toma.

Yo solo vi que Paul y Teo ponían los ojos en blanco.

Debo decir que la albóndiga tenía un aspecto muy bueno. Se veía recién salida de la parrilla, pues aún estaba humeante.

La soplé un poco. Luego le di un mordisquito, pero no sentí sabor a nada, así

que el segundo mordisco fue más grande.

Basta decir que por poco vomito, pero, como dice el dicho, «adonde fueres come lo que vieres».

—Está buena, ¿no? —dijo la señora Tutsy—. Es mi especialidad: albóndiga de lombrices y hojas.

—Sssíp... Muy buena.

Me estaba atragantando. Dejé de respirar para poder tragarme el último bocado. No quería quedarles mal.

—¿Algo de tomar?

—Cuatro vasos de agua bien fría, por favor —pidió Teo.

El agua no era tan cristalina como hubiera querido, pero al menos era agua.

Seguimos caminando hasta llegar al final del túnel. Frente a mí había una enorme recámara en la que se asentaba una ciudad. Aquello parecía una villa ubicada

entre montañas. A través de las ventanitas iluminadas se veían las sombras de sus inquilinos. Había un gran movimiento: cientos de figuras recorrían las callejuelas de un lado a otro. Pude distinguir hormigas, conejos, ratones...

48

Un grupo de hormigas grandes y fuertes trabajaba en un nuevo túnel. Ellas portaban cascos y toda clase de herramientas.

Un enorme ciempiés nos detuvo para dar paso a un grupo de ratones de campo que cruzaban hacia otro túnel. Llevaban uniformes y libros bajo el brazo.

—Él es el oficial Melliard —me comentó Paul.

Tenía en las patas guantes de color rojo, amarillo y verde. No sé cómo no se hacía bolas con tanto túnel. Debajo de los ojos le venía un mostachón cuyas puntas terminaban en espiral.

—Adelanté, *madames et monsieurs*.
¡Altó! Continúen el pasó, *s'il vous plaît*.

—¡Vaya! Es un ciempiés francés —dije
—¡Qué lugar tan extraordinario!

—¡Y no has visto nada! Ven —me invitó Paul.

Mi imaginación se pone a trabajar

Me llevaron por una nueva red de túneles a otra enorme recámara. ¡Era un parque subterráneo! En ese momento un grupo de conejitos jugaba avioncito mientras unos ratones saltaban a una piscina de ¿pelotas? Estaban hechas con ramitas y juncos secos. Escuché que alguien gritaba: «¡Algodones! ¡Algodones!».

«No creo que estén hechos de azúcar», pensé.

Más al fondo se veía a dos criaturas concentradas en algo. Me acerqué para ver mejor. Un conejo y un tejón estaban concentrados en un juego de ajedrez. Yo no en-

tiendo mucho el juego, pero, al parecer, el tejón estaba en aprietos. El conejo acomodaba sus lentes antes de hacer su jugada.

—Y con este movimiento te pongo en jaque, mi estimado amigo —dijo el conejo.

52 —¡No otra vez! Ya es la tercera partida en la semana que me ganas —respondió el tejón mientras aventaba todas las piezas con su boina.

—Oye, jovencita. ¿Te gustaría jugar? —me preguntó el conejo.

—A lo mejor ella sí te gana, ja, ja, ja —se burló el tejón.

—No, gracias. Paso —contesté.

—Como quieras —dijo el conejo.

Seguí caminando y vi a otro grupo de ratones pequeños que jugaba en una zona de casitas con puentes y resbaladeros.

—¿Puedo jugar con ustedes? —pregunté.

—¡Hola! ¡Sí, puedes venir! —contestó uno de ellos.

Me subí como pude por la escalera de juncos. Aquello parecía un enredo, ya que estaba lleno de pasillos, puentes y escaleras.

—¡Oigan! ¿Qué les parece si jugamos a que esto era una fortaleza y a que tenemos que escapar del monstruo que vive aquí?

Se me quedaron viendo y hubo silencio por un momento. Me puse colorada. ¿Quién era yo para decirles a qué jugar?

—¡Suena divertido! —dijo uno de ellos, y los demás asintieron. ¡Qué alivio!

—*A nuestros amigos los tienen atrapados. ¡Hay que liberarlos!*

Tomamos el pasillo del lado izquierdo. Al final estaba la puerta que daba a los calabozos. De repente escuchamos un gruñido que venía de muy lejos.

—¡El monstruo se acerca! —dijo un roncito de cachetes pronunciados.

—¡Hay que correr! ¡Vamos!

Bajamos por las escalinatas de piedra. Era un camino muy largo, que iba en espiral. Al fin llegamos al calabozo.

54

—¡No os preocupéis! ¡Os salvaremos!
—dijo otro que tenía aspecto de mosquetero.

La puerta tenía un candado.

—¡Aléjense de la puerta! ¡La abriré con mis superpoderes mentales!

Entonces me le quedé viendo al candado fijamente, y este de pronto, ¡buuuuummm!, explotó en pedazos.

Ahora teníamos que encontrar una salida. Entre todos comenzamos a rascar las paredes y encontramos un ladrillo suelto.

—¡Vamos todos! ¡Rápido!

Uno a uno iban pasando, primero los más pequeños. Ya quedábamos unos cuantos cuan-

do un ratón gordito se quedó atorado. Comenzó a quejarse de que debería comer menos.

Después de tanto empujar logramos que pasara al otro lado. Nuevamente se dejaron oír los gruñidos.

—Ese se oyó cerca —dijo alguien.

—Fue mi estómago. Perdón —dijo un ratón gordito.

55

Ya casi estábamos afuera. Solo quedaba cruzar el puente colgante. Decenas de cocodrilos nos esperaban abajo con sus fauces abiertas.

Todos habían cruzado sin problema. Solo yo faltaba. Ya iba a mitad de camino cuando de repente, ¡pam!, el puente se soltó de uno de sus lados. Yo quedé colgando.

—¡Auxilio! —grité.

Rápidamente llegó el de los cachetes pronunciados para sostenerme, pero yo era más pesada. Los dos caímos.

—¡Aaaaahhh!

Estábamos colgando en el aire, pero nuestros amigos llegaron a salvarnos. Pronto formaron una gran cadena de ratones.

—¡Sube! —me dijeron.

Gracias a ellos logré llegar al otro lado. Estábamos a salvo. El monstruo gruñía furioso.

56

—¡Qué juego tan divertido! Vamos a contarles a nuestros papás —dijo Teo.

Ella y su hermano Paul me miraban desde lejos y sonreían.

Un poema curioso

Seguía mi recorrido por el parque. A lo lejos vi un edificio que me llamó la atención.

—¿Qué hay allá? —pregunté.

—Oh, esa es la librería del señor Bookwich —dijo Paul.

—¿Podemos ir?

—¡Claro!

Tía Molly se quedó en el parque. Un grupo de señoras estaba esperándola para la clase de gimnasia.

Por su apariencia se notaba que la librería era muy antigua. En la fachada tenía un enorme reloj. No era un reloj común, pues no marcaba las horas. Tenía una sola



aguja y en cada cuarto de hora había diferentes estampas.

Teo me hizo entrar de un tirón.

La madera del piso rechinó bajo nuestros pies. Era una librería como las que me gustan. Adentro había todos los libros que una pudiera imaginarse. Creo que ya no había espacio ni para un alfiler. Había libros en los estantes, en las sillas, en el piso y en las escaleras que daban al segundo nivel. Arriba, más y más libros. Había almohadones para sentarse a leer. También había recuerditos: separadores, tarjetas de felicitación y mapas de la ciudad.

—Esos son gratis si quieres uno —me dijo Paul.

—Qué bien. Me guardé un mapa en el bolsillo.

De una puertecilla debajo de las escaleras salió un conejo. Llevaba un bastón

para apoyarse. De su chaleco le colgaba un reloj.

—Robert Bookwich a tus órdenes —se presentó.

—Tiene una librería muy bonita —lo felicité.

60 —Gracias, jovencita. ¿Te gusta leer?

—Mucho, sobre todo ciencia ficción.

—Pues adelante. Si quieres llevarte algún libro, nada más llena esta ficha.

—Gracias.

Muchos de los libros ya eran viejos y estaban hechos a mano. Me incliné para poder leer los títulos.

Recetas saludables de la señora Tutsy (en otra ocasión).

Cuentos de ayer y hoy (ese se oía bien).

El último de los topoicanos (podría ser).

Teo encontró uno titulado *Poemas divertidos*. Alcancé a leer algunos títulos:

*Las flores bailarinas, El elefante dormilón,
Las cajas traviesas...*

Como buena aficionada a las cajas, este
último me llamó la atención.

—¿Me dejas leer?

Las cajas traviesas

61

Las hay de madera.
Las hay de cartón.
Cajas para guardar,
cajas para jugar.
Pero ten cuidado,
pues son traviesas.
Si por descuido
en una de ellas
te quedas dormido,
la caja te llevará
adonde ella quiera.
No le cuentes a nadie,

pues solo sucede
a quien gran imaginación
posee.

Anónimo

62

—Qué curioso poema —consideré—.
¿Por qué dice que las cajas te llevan adonde ellas quieren?

—¡Ah, sí! Otros niños que han venido por aquí han viajado en cajas —me respondió Teo.

—¿Qué?

—¿No lo sabías? Seguro el poema lo escribió alguno de ellos.

En eso recordé que me había quedado dormida en...

—Oigan ¿Podemos ir adonde me encontraron? —les pedí a mis nuevos amigos.

—Claro.

Fuimos y allí estaba la caja.



—¡Es increíble! ¡Así que no es un sueño! —exclamé.

—¿De qué estás hablando? —me preguntaron Paul y Teo.

—Pensé que estaba soñando, pero no. ¡Me topé con una caja viajera! ¡Este lugar es real!

—Pues claro que es real.

—¡Es que nunca me había pasado! Verán: a mí me gusta jugar con cajas. Siempre imagino que estoy en otros mundos, que soy una astronauta o una pirata, pero nunca había ido a un lugar de verdad.

—Bueno, ahora que has descubierto que somos reales, creo que debemos regresar. No es bueno estar cerca de las entradas, menos en esta época —me dijo Paul.

—¿Por qué? —pregunté.

—Ahhh, pues porque... hace frío... y... y... y el frío te enferma... Sí, eso.

Me pareció que Paul me ocultaba algo.
— ¿Te llevarás la caja? —me preguntó.
—No, creo que la dejaré aquí —le respondí.

Un reloj que anuncia problemas

De regreso en la ciudad me di cuenta de que había otro reloj exactamente igual al de la librería, solo que este estaba instalado en una torre. Me quedé contemplándolo, pues a la primera no había reparado en todos los detalles. Me di cuenta de que lo que marcaba eran las estaciones del año. Lo supe por las ilustraciones y porque la aguja caminaba de acuerdo con el tiempo que duraba cada estación.

El primer cuarto, que marcaba la estación de verano, tenía un enorme sol. En vez de números había otras ilustraciones más pequeñas, por ejemplo el dibujo de

una escuela. Seguro anunciaba el inicio de clases.

En la estación de la primavera había flores. La pequeña ilustración mostraba una canasta con alimentos. Entendí que era la época de recolección.

68

Luego venía el otoño, época durante la cual los topoicanos recolectaban hojas para hacer más cálidas sus casas en la época de frío.

La última, el invierno, tenía copos de nieve. Solo contaba con dos ilustraciones pequeñas: una que anunciaba el final de las clases, y la otra... no entendía de qué se trataba. Parecían los rostros de cuatro criaturas mal encaradas.

—Oye, Teo. Ese es un reloj interesante. Marca las estaciones, ¿verdad?

—Así es, Lucinda.

Noté que en Zoorbi ya era invierno.



—¿Ya recolectaron toda su comida?

—Sí. ¿Quieres ver la bodega?

—¡Claro!

Aquello parecía la cueva de Alí Babá y los 40 ladrones, solo que, en vez de un tesoro en oro, había uno multicolor, de frutos, semillas, brotes, hierbas, tréboles (los favoritos de los conejos) y nueces.

—¿Y entre todos hacen la recolección?
—pregunté.

—Sí, todos trabajamos juntos para reunir la comida y tener suficiente en invierno —me contestó Teo.

—¿Y les dura todo ese tiempo?

—Esperemos que sí.

—¿Qué quieres decir con...

Un temblor me interrumpió. Se escuchaban movimientos arriba, sobre la tierra. Comprendí de qué se trataba. Teo me jaló del brazo. Vi que todos corrían despa-

voridos hacia sus casas. Entramos en casa de Tía Molly. Escuché los ¡clancs! de todos los cerrojos que tenía la puerta.

Se oían pasos que se acercaban y un ¡chin chin! como de espuelas. Vi por el ojo de la puerta.

Cuatro enormes comadreas de muy mal aspecto se habían apostado en el centro de la ciudad. Vestían con sombrero y pantalones vaqueros. Una de ellas, la más alta, mordía una espiga con sus dientes. Al parecer era la líder. Tenía un acento un poco extraño.

—Bueeenos días, habitantes de Zoorbi. Ya saben por qué estamos aquí. No se molesten en llevarnos a la bodega. Nosotros la encontraremos, ¿verdad, muchachas?

—¡Síííí! ¡Jaaaa! —gritaron las otras.

Con movimientos rápidos se metieron por todos los túneles, tal vez en busca de



alguna pista. En eso una a quien el sombrero le cubría los ojos gritó:

—¡Oye, Weas! ¡La encontré!

—¡Muy bien, Tas!

Desaparecieron de nuestra vista. Minutos después regresaron cargando unos enormes costales llenos de comida.

73

—¡Gracias, habitantes de Zoorbi! Volvemos en unos días, cuando se nos acaben estas provisiones. ¡Adelante, muchachas! —anunció Weas.

Ahora ya sabía quiénes eran las que estaban en el reloj.

Un plan de acción

—¿Y qué pasa si se llevan toda su comida?
—les pregunté mientras me comía una ensalada de frutas con hojas verdes y nueces (esa sí no estaba tan mal) en la cafetería del señor Biscoti, un topo muy bonachón.

—Eso lo tenemos arreglado —dijo Paul—. El año pasado construimos pequeños sótanos dentro de nuestras casas. Allí tenemos guardadas provisiones extras.

—¿Y por qué no luchan contra ellas?

—Somos muy pacíficos. No nos gusta causar alboroto —dijo la mesera, una ratona de nariz respingada, mientras me servía un vaso de agua.

El señor Bookwich nos había invitado a comer a Tía Molly, a sus sobrinos y a mí. Me contaron que ya habían intentado un par de cosas sin éxito alguno. Habían puesto trampas afuera de los túneles, pero las saqueadoras eran muy astutas y habían sabido librarlas. Habían puesto guardias en la entrada de la bodega, pero estos no sabían defenderse. Así pues, prefieren dejarles el paso libre para evitar que vuelvan a hacerle daño a alguien.

Me quedé pensando un rato.

—¿Aún tienen espacio en sus sótanos para guardar el resto de la comida?

—¿Por qué? —me preguntó el señor Bookwich.

—Creo que tengo una idea.

Nos tomó algunos días. Era simple, pero, si funcionaba, los habitantes de Zoorbi lograrían librarse de las malvadas

comadreja. Las hormigas se pusieron a trabajar como locas. Un grupo de topos y conejos ayudó a armar lo que les había pedido. El oficial Melliard ayudó a controlar el transporte de materiales para que no hubiera accidentes.

Pasaron un par de días y todo estaba tranquilo. Todos llevaban a cabo sus actividades como de costumbre. Mis nuevos amigos y yo estábamos en el parque, viendo de lejos a Tía Molly dar sus clases de gimnasia.

De repente se escucharon retumbos.

Todos se quedaron quietos. Tía Molly se quedó con una de sus patas levantadas. Los retumbos se hacían cada vez más fuertes. En eso alguien gritó «¡allí vienen!» y se hizo el alboroto. Todos comenzaron a correr despavoridos. El oficial Melliard ya no podía controlar el tráfico.

Todos corrimos a encerrarnos en casa de Tía Molly.

—¡Bueeenos días! Venimos por otra tanda de provisiones. Ya conocemos el camino. No se molesten. ¡Vamos, muchachas! —saludó la comadreja líder.

78

Las cuatro entraron por el túnel que llevaba a la comida. Pero esta ya no estaba. Regresaron muy molestas.

—Tal parece que les gusta que me ponga de mal humor —dijo Weas—. O nos dicen dónde está la comida o nos portaremos muy mal.

—Hay que poner en marcha el plan. Saldré a hablar con ellas —dije.

—¡Ten cuidado, hijita!

Caminé hasta llegar a un espacio donde pudieran verme.

—Oigan. Son unas aprovechadas. ¿Por qué no buscan su propio alimento?

—Ey, Weas, ¿ya viste eso? —dijo la más bajita y rechoncha de las cuatro—. ¿Qué eres?

—Soy una niña.

—Oye, forastera —dijo Weas—. No te metas donde no te llaman. Este asunto es entre nosotros y los habitantes de Zoorbi.

—Ellos son mis amigos, así que también es mi asunto. Y además...

Me quedé pensando un rato.

—Un momento. Se supone que ustedes son (tragué saliva cuando caí en la cuenta) carnívoras.

—¡No, señora! Nosotras somos vegetarianas —dijo Weas.

—¿Cómo puede haber comadreas vegetarianas?

La última vez que comimos carne nos cayó muy mal, y el doctor nos recomendó que cambiáramos de dieta. Desde enton-

ces comemos frutas, bellotas y toda cosa que sea verde.

—¿Es en serio? Sí que es muy divertido —les dije.

—Oye. No te burles —dijo la del sombrero grande, la que se llamaba Tas— y no nos cambies la conversación. ¿Dónde está la comida?

—Ya les dije que no les darán nada.

—Oye, muchachita. Si no nos dan lo que queremos, comenzaremos a hacer destrozos por aquí y por allá —dijo la cuarta comadreja, al parecer la más nerviosa, pues se mordía los dedos.

—Tranquila, Sus —dijo Weas mientras caminaba hacia mí.

Se agachó y su nariz quedó muy pegada a la mía.

—¿Nos dirás dónde escondieron la comida?

—Está bien. Les diré. Solo no me eches tu feo aliento. Síguenme.

—Sin trampas, forastera.

Las dirigí a un túnel nuevo.

—Al final de este túnel está la bodega.

Las comadreja se internaron en este y llegaron a una recámara oscura.

—¡No veo nada! —dijo Sus.

—A ver. Deja. Yo traigo aquí unos fósforos —dijo Weas.

—¡Oigan! ¡Aquí no hay nada! —gritó la bajita.

En eso se escuchó un fuerte ¡plam!

Unas enormes trampas cayeron sobre ellas. Las hormigas las habían soltado en cuanto se iluminó el espacio.

—¡Están arrestadás! —dijo el oficial Melliard con su acento francés.

—¿Qué? ¿Cómo que arrestadas? —preguntó Weas.



—Bienvenidas a la recién inaugurada cárcel de la ciudad de Zoorbi —les dije.

—Viendo la situación, a nosotros no nos quedó más remedio que montar esta cárcel —les dijo el oficial Melliard.

Toda la población daba gritos de júbilo al ver encarceladas a las malvadas comadrejas.

—Estarán encerradas aquí por un buen tiempo —dijo el señor Bookwich—, hasta que hayan aprendido la lección.

En eso las cuatro comadrejas comenzaron a llorar a moco tendido.

—¡Pero yo no quiero pasar aquí el resto de mi vida, buuuaaaa! —gimoteó Weas.

—¡Yo solo tenía hambre! —lloró la del sombrero que le cubría los ojos.

—¡Quiero a mi mamá! —gritó la bajita y gordita.

—¡Yo también! —expresó la que se llamaba Sus.

—Pero es que se merecen el castigo por malvadas —les dije.

—¡Pero si yo no quiero ser maaaalaaa-aa! —chilló Weas.

—¿Y entonces por qué no recolectan ustedes su propia comida?

—¡No sabemos cómo hacerlo! —lloraron las cuatro.

—Nosotros podríamos enseñarle —dijo el conejo ajedrecista.

84

—¿U.. us... tedes ha... harían eso po... por no... nosotras?

—Con la condición de que no vuelvan a llevarse nuestra comida —advirtió el señor Bookwich.

—Y les podemos enseñar a almacenarla —añadió un ratón de campo.

Un nuevo comienzo

Después de los sucesos ocurridos, todo cambió para las comadreas y los habitantes de Zoorbi. Como era invierno, no había mucho de dónde recolectar, así que les donaron parte de los alimentos a las comadreas, a lo que ellas en agradecimiento retribuyeron con trabajo. Las hormigas les enseñaron a buscar semillas. Los ratones, a recolectar hojas. Los conejos les hicieron ver que también se podía comer la corteza de los árboles, aunque las comadreas consideraron que a la corteza le faltaba algo de sabor, por no decir que eran insípidas.

La señora Tutsy les dio algunas clases de cocina. ¡Aprendieron a hacer albóndigas! Encontraron que las lombrices eran una gran fuente de vitaminas y que era un muy buen sustituto de la carne.

86

Todos comenzaron a llevarse muy bien en la ciudad de Zoorbi.

Las comadreas, por su lado, terminaron portándose tan bien que su dibujo fue retirado del reloj.

La despedida

Me despedí de todos, de Tía Molly, Paul, Teo, el señor Bookwich, la señora Tutsy y muchos otros que conocí en mi viaje a la ciudad de Zoorbi.

—En casa han de estar preocupados por mí —dije.

No me había dado cuenta de todo el tiempo que había pasado en este lugar.

—¡Te vamos a extrañar! —dijo Paul.

—Y yo a ustedes.

—Gracias por tu ayuda. Ahora todo va a estar bien en Zoorbi —dijo el señor Bookwich.

—No fue nada.

Tía Molly se acercó y me dio un abrazo.

—Que tengas buen viaje... eh...

—Lucinda.

—Mucho gusto, Lucinda. ¡Que te vaya bien!

88

Nuevamente extendió sus lentes para verme mejor.

La caja me esperaba en el mismo lugar donde apareció. Había sido un viaje extraordinario y todo se lo debía a la caja viajera. Llevaba de recuerdo el mapa de la ciudad y guardaba la esperanza de volver a visitarla algún día.

Entonces me dormí.

De vuelta en casa

Entré corriendo en casa.

89

—¡Muero de hambre! ¿Qué hay para cenar?

—Tu plato favorito: albóndigas —dijo mamá.

Luego de saborear unas albóndigas de lo más deliciosas (jamás me habían parecido tan ricas), me fui a dormir.

Sin embargo me era imposible conciliar el sueño con todo lo que había vivido. Me cambié y me puse el pijama. Mis pantalones de lona estaban hechos un asco.

¿Y el mapa? Vacié los bolsillos de mi pantalón, pero no lo encontré. Quizá se

había quedado en la caja, pero estaba tan cansada que decidí que iba a buscarla al día siguiente.

En eso alguien tocó a mi puerta. Era mi hermana.

—¿A qué jugaste hoy? —me preguntó.

90

—A lo de siempre.

Mi hermana se quedó mirándome fijamente, como tratando de leer algo en mi cara. Luego, como entre queriendo y no, me preguntó:

—La caja te llevó de paseo, ¿no es así?

¿Qué? ¿Qué era lo que mi hermana acababa de decirme? ¡Esto no es posible!

—Sí, como siempre, con mi imaginación —le respondí.

—No, tú sabes a lo que me refiero. Te llevó a otro mundo, ¿verdad?

—¡Qué bromista eres! —le respondí.

—Encontré esto en el jardín.

Era el mapa.

—Siempre quise que me sucediera a mí. Lo quería con todas mis fuerzas. Pero mi imaginación nunca fue tan grande —me confesó entonces.

—¿Cómo sabes lo de las cajas?

—Tengo una amiga a la que le pasó lo mismo. Es muy imaginativa, igual que tú. Me contó que una vez, jugando en una caja, se quedó dormida y terminó viajando a una ciudad donde todo flotaba.

—¿Donde todo flotaba?

—Sí, al parecer no había gravedad.

—¡Qué loco!

—Por eso me molesto contigo, porque siento celos de que puedas inventar tantas cosas hasta el punto de creerlas —me confesó.

—Creo que solo es cuestión de que te dejes llevar y no tener miedo a soñar.

—¿Me enseñarías? Creo que un mundo donde no hay imaginación es un mundo muy aburrido.

—¡Claro que sí! —le respondí.

La caja pirata

Y aquí estamos.

93

Un enorme galeón surgió de las aguas. Sus velas se elevaban como enormes fantasmas en la noche tenebrosa.

*—¡Capitán! ¡Un barco enemigo se acerca!
¿Qué hacemos?*

Mi barco estaba en peligro. Mi tripulación me había abandonado. Solo quedábamos mi contramaestre y yo. No iba a dejar que el miedo me venciera, como tampoco iba a dejar que la segunda al mando viera a su capitán rendirse tan fácilmente, o al menos sin luchar hasta el final.



—¡Prepare los cañones, contramaestre!
¡Vamos a darle con todo lo que tengamos!

—Sí, mi capitán.

El agua retumbó ¡bum!, una y otra vez
¡bum, bum, bum!

El mar embravecido hacía más difícil la
batalla. Nuestro barco se mecía como un ca-
rrusel descontrolado.

95

—¡Continúe, contramaestre, vamos hasta
el final!

Al fin logramos dar en el blanco. El enemi-
go ya no podía contraatacar. Después de unos
segundos, el mar se había tragado la embar-
cación de nuestros adversarios.

—¡Hemos vencido, mi capitán!

—¡Sí, contramaestre! ¡Nadie puede negar
que somos el terror de los siete mares!

Y así fue como Julia y yo terminamos
jugando a los piratas, adentro de una caja

(aunque la piernas largas de mi hermana quedó más afuera que adentro). Nos volvimos más unidas. Y sé que no debería decirlo, pero algunas cajas traviesas nos llevaron de paseo por otros mundos.

Yasmin Sosa

Autora

Nacida en la ciudad de Guatemala, en 1977. Es autora y editora de libros de texto. Se graduó en Ciencias de la Comunicación en la Universidad Mesoamericana. Fue maestra de nivel primario y fue en ese tiempo cuando surgió su interés por escribir. Colabora con grupo Santillana desde 2007 en el área de Comunicación y Lenguaje. Sus primeras obras son Enrique el dibujante y Unas vacaciones de aventura.

Walter Wirtz

Ilustrador

Nacido en la ciudad de Guatemala en 1977. Se graduó de Ciencias de la Animación en Brooks College, Long Beach, California. Ha dedicado 15+ años como Consultor y Producción visual, desde pequeño mostró interés por la ilustración. Colabora con grupo Santillana desde 2014 como ilustrador. Sus primeras obras ilustradas son La ciudad de las curvas y Los libros prohibidos de Alejandro Sandoval y Eugenia Valdéz-Chamalé respectivamente.

Índice

I	Una misión interrumpida.....	13
II	Afición por las cajas	23
III	Una hermana muy gruñona	31
IV	Algo inesperado.....	35
V	Mi imaginación se pone a trabajar	51
VI	Un poema curioso	57
VII	Un reloj que anuncia problemas	67
VIII	Un plan de acción.....	75
IX	Un nuevo comienzo	85
X	La despedida.....	87
XI	De vuelta en casa.....	89
XII	La caja pirata	93

+10

Otros títulos de la serie

Antonio González

La tienda de miedos del señor
Roque

Laura Arévalo

El mes del viento

Yasmin Sosa

Unas vacaciones de aventura

César Yumán

Roboniño

Alejandro Sandoval /

Mynor Álvarez

Las Aventuras de Zotman y
Zotboy

Marcela López

Aventureros

Marvin Monzón

Las Musarañas

Stephanie Burckhard

Diario de una exploradora

+12

Otros títulos de la serie

Eddy Imeri

Sussy y el reloj de poluo
cósmico

Gabriel Woltke

Aculaxia

Eugenia Valdez

Los libros prohibidos

Anne Thomae

De cómo me fui a todas partes

Diego Ugarte

¿Cuándo vendrá el abuelo?

Antonio González

Las cartas de la tía Fagot

Aquí acaba este libro

escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.

Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.

+10

Lucinda y la caja viajera

Yasmin Sosa

Ilustración: Walter Wirtz

9 789929 729221

Lucinda es una niña muy imaginativa que gusta de jugar con cajas de cartón. Pero tiene un problema: a su hermana, Julia, no le agrada para nada que viva imaginando cosas. Un día, una de las cajas recompensa a Lucinda llevándola a la ciudad de Zoorby, donde conoce a seres increíbles. De esa manera descubre que hay mundos más allá de su imaginación. Lucinda ayudará a los habitantes de Zoorby a resolver un problema muy grave, y su hermana Julia se dará cuenta de que estaba equivocada, por lo que terminarán viajando juntas en las cajas de cartón.

www.loqueleo.com

loqueleo

 SANTILLANA